

EL IMPACTO DE LA PASCUA DE JESÚS Y LAS PRIMERAS REACCIONES

Prof. Carlos Gil Arbiol

Aula de Teología
18 de Octubre de 2011

INTRODUCCIÓN

En realidad, al tema de esta conferencia, en parte sugerido por mí y en parte por los organizadores, se le podría dedicar toda una serie de jornadas. Es, probablemente, una de las cuestiones que más han dado que hablar y que reflejan la complejidad del cristianismo porque, en general, lo que más nos identifica como cristianos es el acontecimiento de la muerte de Jesús; en muchas ocasiones, incluso, por encima del de su resurrección.

Si damos un pequeño repaso por la historia del impacto del cristianismo en las artes, en las expresiones culturales, vemos que la muerte de Jesús en la cruz ha dejado mucha más huella que la confesión de su resurrección.

También los relatos de los evangelios dedican mucha más extensión y detallan muchos más datos cuando hablan de la pasión y la muerte de Jesús que de todo el resto de su vida hasta el punto de que muchos afirman que “los evangelios son una pascua de Jesús con una larga introducción”. Por ejemplo, el evangelio de Marcos -el primero probablemente de los escritos sobre la vida de Jesús- relata con mucho detalle la pascua y la muerte de Jesús pero, cuando llega el momento de anunciar la resurrección, dice únicamente en el versículo 8 del capítulo 16 que, tras el anuncio de la tumba vacía, *las mujeres salieron corriendo del sepulcro y no dijeron nada a nadie*. Si realmente éste era el final original del evangelio de Marcos¹, uno se pregunta cómo podía acabar sin verdadero anuncio de la resurrección.

Algo parecido ocurre en otras tradiciones del cristianismo primitivo en las que, la centralidad que tiene la muerte de Jesús, nos da cuenta del impacto que ésta causó en sus primeros discípulos. Sin embargo, el título de esta conferencia no es el impacto de la muerte, sino el de la pascua de Jesús.

Probablemente al final de la conferencia alguno de Vds. se preguntará si no le he dado excesiva importancia al acontecimiento de la cruz; por eso quiero empezar subrayando la que va a tener la experiencia de la resurrección. Dedicaré un breve tiempo para dejar muy claro cuál es el punto de partida, y después intentaré explicar la paradoja, a mi modo de ver, más grande y difícil del cristianismo: que el momento de mayor humillación, mayor vulnerabilidad, de mayor despojo de toda fuerza y de todo prestigio haya sido, y siga siendo, considerado como el de mayor gloria y fuerza de Dios. Sobre esto volveré a menudo porque no deja de ser, como acabo de decir, una enorme paradoja.

1. EL IMPACTO DE LA RESURRECCIÓN

Si tuviera que hablar aquí un historiador sobre la pascua, la resurrección de Jesús, probablemente se callaría a los cinco minutos, porque su objetivo es comprobar, verificar, datos históricos, empíricos, y se encontraría con que este acontecimiento no se puede verificar históricamente; pero tampoco se puede anular porque, si bien está, de algún modo, más allá del plano histórico, no quiere decir que de él no se pueda hablar con ciertas cautelas, incluso con ciertas seguridades.

¹ Alguien añadió luego un apéndice 16,9-20, al desconcertante final del autor.

Hasta un historiador muy exigente, muy celoso, tendría que aceptar el dato de que, tras la muerte de Jesús, surge un grupo de seguidores suyos, que afirman algo que nadie puede negar ya que está recogido literariamente -otra cosa es la verificación del dato-, y es que la muerte de Jesús no ha sido el final y que se han encontrado con él vivo. Esta experiencia será el punto de partida de un proceso de reflexión y de configuración de la propia vida de acuerdo con la de Jesús; él ha sido el líder que ha guiado al grupo hasta su muerte y que seguirá haciéndolo, de otro modo, después de ella.

Las experiencias, que aparecen en los testimonios del Nuevo Testamento y también, aunque de un modo mucho más cauto y con menos detalles, en otras fuentes no cristianas, es decir, el anuncio de la tumba vacía, las voces o visiones de ángeles, o jóvenes, que les anuncian que el Resucitado ya no está muerto, incluso las de los discípulos que dicen haber comido con Jesús... son el testimonio de que algunos cristianos dijeron que se habían encontrado con Jesús. Es decir, tras la muerte de Jesús hubo algo, que quedará en el ámbito de lo no comprobable, que les convenció de que él ya no estaba muerto, sino vivo, y que fue suficiente para el comienzo de una reflexión cuyo punto de partida será una experiencia y no una idea teológica. Por tanto, aunque el contenido del testimonio no pueda ser verificado, el dato del testimonio mismo es incontestable; estos seguidores de Jesús afirmaron que la muerte no era el final y vivieron de acuerdo a ello.

Todo el desarrollo teológico, y toda la reflexión sobre la figura de Jesús, las consecuencias que su vida tenía sobre la imagen de Dios y lo que eso supondría en la vida de sus seguidores, parten de una experiencia -repito, inverificable pero innegable- de que algo ocurrió, algo que provocó que, tras la muerte de Jesús, lo que fue un rotundo fracaso se convirtiera en algo totalmente diferente.

Me voy a fijar en este desarrollo para intentar detectar cuáles son las líneas de fuerza, que podrían tener cierta relevancia, tanto para creyentes como para no creyentes, de modo que puedan encontrar en estas reflexiones y en estas experiencias respuesta a su interés o curiosidad por los inicios del cristianismo.

Previamente a toda reflexión teológica posterior, la primera y más inmediata consecuencia de esta experiencia de encuentro con el Resucitado fue atribuir a Jesús -que lo habían visto morir y Dios lo había resucitado- una serie de esperanzas escatológicas, que lo colocaban a la derecha de Dios; dicho de otro modo, le atribuyeron la función de inaugurar el momento final de la historia. Como vamos a ver después, los seguidores que vinieron más tarde tuvieron que retocar, incluso corregir estas primeras expresiones, porque resultaban teológicamente inmaduras.

Este primer paso en la reflexión hizo que proyectaran sobre la figura de Jesús una serie de títulos, tales como *Hijo del Hombre*. Esta figura tenía en el contexto judío la función de inaugurar el juicio que iba a dar lugar al final de la historia. Le aplicaron también el título de *Mesías*, cuya característica fundamental era la de ser aquella persona a la que Yahvé había otorgado el poder sobre toda autoridad humana, tanto sobre la tierra como sobre el cielo. Así mismo, utilizaron el título de *Hijo de Dios*, tomado del Salmo 2, que era otro modo de explicar los títulos anteriores.

Parece pues que antes de la reflexión teológica se convencieron de que realmente Yahvé había dado al Crucificado un lugar privilegiado como juez, como figura escatológica. En un segundo momento tuvieron que preguntarse quién había sido aquel que durante toda su vida les había acompañado y que ahora creían que estaba sobre todo poder y dominación esperando para inaugurar el juicio final.

Hay varios textos del cristianismo primitivo que presentan muy bien, como voy a afirmar después, la inmadurez de este primer momento en que lo que quieren es confesar inmediatamente la experiencia que han vivido.

- El primero es del primer capítulo de la carta a los Romanos, versículos 3-4 y dice así:

[Sabed que yo proclamo] el evangelio de Jesús, nacido del linaje de David según la carne y constituido Hijo de Dios con poder, según el espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos.

Aquí se están contraponiendo dos caras, podríamos decir, de la identidad de Jesús: desde el punto de vista humano, *nacido del linaje de David* y, tras su resurrección de entre los muertos, *constituido Hijo de Dios con poder*. De modo que, como muchos exégetas verían enseguida, parece afirmarse que la confesión de Jesús como *Hijo de Dios* no se produjo hasta después de la resurrección; por tanto es una de las primeras consecuencias de la misma. Este dato refleja muy bien estas primeras reflexiones.

- El segundo es de la primera carta a los Tesalonicenses, capítulo 1, versículos 9-10:

Todos los creyentes de Macedonia cuentan de nosotros cuál fue nuestra entrada a vosotros, cómo os convertisteis a Dios tras haber abandonado los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar así a su Hijo Jesús que ha de venir de los cielos, a quien resucitó Dios de entre los muertos, y que nos va a salvar de la ira venidera.

Junto a la anterior, es una de las primeras confesiones de fe. Lo que se espera es que esa exaltación que ha acontecido inmediatamente después de la resurrección tenga como consecuencia la inmediata venida de ese juez escatológico para juzgar la tierra. Como ven, hasta ahora no hay rastro de la cruz ni de la muerte de Jesús. El primer impacto de la pascua es que la resurrección ha llevado a Jesús a un estatus y a una función escatológica que tiene que ejercer y que va a hacerlo de un modo inmediato.

- El último testimonio corresponde a uno de los primeros discursos de Pedro en el Libro de los Hechos, capítulo 3, versículos 20-21, en el que dice:

[Arrepentíos pues], a fin de que venga el tiempo de la consolación de parte del Señor y envíe al Mesías que os estaba predestinado, a Jesús, a quien debe retener el cielo hasta los tiempos de la restauración universal, tiempo del que Dios habló por boca de sus santos profetas.

Pedro está utilizando la imagen de Elías que tenía que venir antes del tiempo final.

Estos primeros textos, que probablemente recogen las primeras confesiones de fe, ponen el énfasis en la función escatológica de Jesús a la derecha de Dios. Hasta aquí estas afirmaciones no plantean mayor problema; sin embargo, lo que había comenzado como una reflexión muy prometedor, va a tropezar con el primer escollo: el porqué de la cruz. Era necesario que se hicieran una de las preguntas más difíciles de toda la historia del cristianismo: efectivamente, la resurrección ha elevado al Mesías a la derecha de Dios y tiene que venir a juzgar a todos; sin embargo, ¿por qué era necesario que muriera en la cruz? ¿No era posible que Dios le diera al Mesías esta función de juez eterno, para que juzgue a los fieles y castigue a los infieles... sin necesidad de la cruz? ¿Por qué tuvo que morir Jesús del modo más vergonzoso que cabe, hasta el punto de que, efectivamente, supuso la mayor crisis en el cristianismo primitivo?

¿Qué habría cambiado para esta función escatológica -que es lo que se afirma- si Jesús hubiera muerto después de muchos años de larga vida, en los que habría tenido tiempo para multiplicar las bellísimas parábolas sobre Dios y los sanadores actos de liberación del mal que hacía curando a unos y expulsando a los demonios de otros? ¿Por qué no pudo morir el Mesías de un modo “digno”? ¿Qué sentido obtuvieron estos primeros seguidores, de la muerte en cruz de Jesús, una muerte vergonzosa, sin honor, incluso aparentemente abandonado por Dios?

2. MIRADAS AL PASADO DE LA MUERTE DE JESÚS

Muy pronto las respuestas se multiplicaron enormemente. En este segundo punto he recogido siete con el objetivo de hacerles caer en la cuenta de que, si hay muchas respuestas es porque, en el fondo, ninguna de ellas resultaba totalmente satisfactoria. Si una sola hubiera respondido con total satisfacción a la pregunta del porqué murió Jesús en la cruz, no habrían tenido que multiplicarse las respuestas. Sin embargo, no solamente se multiplicaron sino que, además, convivieron y se entremezclaron durante bastante tiempo y con bastantes tensiones entre las distintas interpretaciones.

De las siete respuestas que voy a comentar, la primera y la segunda vendrían a ser las primeras y menos elaboradas teológicamente; de hecho serían aquellas que no interpretaron la muerte de Jesús con ningún sentido salvífico. Por su parte, las tres últimas serían ya fruto de una reflexión más madura según la cual pensaban que la muerte de Jesús conllevaba un sentido expiatorio de perdón de los pecados y un sentido soteriológico de salvación. Las dos que están en medio, se solapan en gran medida y podrían estar lo mismo en el primer grupo que en el segundo.

En el fondo, todas comparten algo con las demás pero, puestas en ese orden, se puede percibir un poco la evolución de esta reflexión.

▪ *La interpretación profética*

Es relativamente sencilla y explicaba la muerte de Jesús igual que la de los antiguos profetas. Es decir, del mismo modo que el pueblo de Israel había matado a los profetas del Antiguo Testamento porque eran hombres justos que anunciaban la justicia de Dios y denunciaban la injusticia, lo cual era insoportable para los injustos, también Israel mató a Jesús, que era el último de los profetas.

En el capítulo 12 del evangelio de Marcos aparece esta explicación en la parábola bellísima de los viñadores homicidas que van matando a todos los emisarios que les envían y al último que matan es al hijo.

▪ *Como un juicio escatológico*

Esta interpretación contempla la muerte de Jesús como una especie de obra de teatro, en cuyo escenario todo el mundo toma parte, y en el que se ve claramente quién está con Jesús y quién está contra él. De acuerdo a esta interpretación, el relato de la muerte de Jesús se convirtió en el mejor modo de saber quién iba a obtener una salvación y quién una condenación.

En el capítulo 14 del evangelio de Marcos, en el juicio del Sanedrín el sumo sacerdote pregunta a Jesús si es el Mesías, a lo cual responde: *Yo soy, veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder y venir entre las nubes del cielo*. El sumo sacerdote se rasga la túnica y dice: *¿qué necesidad tenemos ya de testigos?* A partir de ese momento siguen una serie de acontecimientos que van a determinar quiénes están con Jesús y quiénes no.

Dicho de otro modo, esta lectura interpreta la muerte de Jesús como la piedra de tropiezo; aquel que se tropieza con la muerte de Jesús, es porque efectivamente va camino de la perdición; es el acontecimiento que determina en qué lugar está cada uno.

▪ *La interpretación del Justo sufriente*

Toma su modelo del salmo 22, cuyo comienzo citó Jesús en el momento de su muerte, *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* Es un salmo muy rico que acaba con un grito de esperanza aunque, de acuerdo con los testimonios de los evangelios, solamente se pone en boca de Jesús el grito de abandono.

Según esta interpretación, Jesús, que no ha cometido falta, ha sido despreciado por los injustos precisamente por ser justo; como al Justo del salmo, no se soporta la justicia de Jesús. Parece entonces que los justos fracasan mientras los injustos triunfan, pero eso no es más que la apariencia de la realidad; en realidad Yahvé va a resarcir a los justos, les va a reivindicar premiándoles definitivamente.

Desde esta interpretación, la muerte de Jesús no sería más que el paso necesario para la reivindicación posterior. De este modo, cualquier justo perseguido injustamente, podría encontrar en Jesús el modelo de identificación, sentirse reconfortado, y esperar que Yahvé le reivindicase.

▪ *El Siervo de Yahvé*

Esta interpretación añade un elemento a la lectura del justo sufriente y es que Jesús, de acuerdo con los cánticos del Siervo de Yahvé -que recoge el Deuterocanónico, especialmente en los capítulos 52 y 53- era aquel que, con su muerte, cargaba sobre sí los pecados de todo el pueblo: *con sus cardenales hemos sido curados...* De este modo se interpretaba la muerte de Jesús como aquella que, precisamente por ser dolorosa, cargaba sobre sí el dolor y el sufrimiento de todos aquellos que habían pecado y merecían la muerte; vicariamente Jesús echaba sobre sí toda esa carga y liberaba a todos de sufrir el castigo.

En la película de Mel Gibson, *La Pasión de Cristo*, hay un momento especialmente significativo, dramático, casi insoportable de ver, en el cual, tras la condena, llevan a Jesús, al patio para flagelarlo. En una larguísima escena, probablemente innecesaria, flagelan a Jesús hasta que cae exhausto al suelo, y cuando se levanta, ante la sorpresa lógica de los verdugos, éstos continúan golpeándole. La interpretación teológica que está detrás de esta película es que, cuanto mayor haya sido el sufrimiento de Jesús -resaltado por la sangre que salpica y que corre por el madero de la cruz...- más pecados ha cargado sobre sí, más pecados se perdonan y más redime. Es una película que tiene muchos méritos pero también muchas exageraciones; a mi modo de ver creo que subraya excesivamente este punto del sufrimiento y no subraya otros.

▪ *El día de la expiación*

Esta interpretación tiene mucho parecido con la anterior, si bien el modelo es ligeramente diferente. En el capítulo 16 del Levítico se narra el día del *Yom Kippur*, que todavía se celebra con mucha devoción. Es el día del gran perdón en el que a un cabrito le impone las manos el sumo sacerdote para que todos los pecados del pueblo vayan a él, y se le manda al desierto para que se los lleve allí; se degollaba un novillo con cuya sangre se asperjaba la tapa del arca de la alianza -*hilasterion*- que estaba en el Santa Sanctorum del templo; dicen los rabinos que esas gotas que salpicaban el arca de la alianza le gustaban a Yahvé y aplacaban su ira, de tal modo que perdonaba los pecados del pueblo.

En el capítulo 3 de la Carta a los Romanos, versículos 24 y 26, se subraya este aspecto de cómo la sangre de Jesús, salpicada en la tierra, es la que redime:

La redención realizada en Cristo Jesús a quien exhibió Dios como instrumento de propiciación mediante la fe, para mostrar su justicia, habiendo pasado por alto los pecados cometidos anteriormente.

▪ *La muerte de Jesús como el nuevo templo de Jerusalén*

En el final del evangelio de Marcos, la muerte de Jesús tiene dos consecuencias inmediatas: una, la confesión del centurión, un pagano que afirma: *verdaderamente éste es Hijo de Dios*; y otra, *el velo del templo se desgarró en dos*. En el evangelio de Marcos se desgarran dos cosas: el cielo en el momento del bautismo, y el velo del templo en el momento de la muerte; el verbo que utiliza Marcos es “desgarrarse”, es decir, se abre tanto que ya no se va a volver a unir jamás. El cielo y el velo del templo, las dos únicas cosas que separaban a Dios de los hombres, se han desgarrado y no se volverán a unir más.

Esta interpretación entiende que con Jesús, el templo ha dejado de tener su función como lugar en el que Yahvé habite y ya no es lugar para el verdadero culto.

▪ *La interpretación del Cordero pascual*

Ésta, que les resultará más familiar, interpreta a Jesús, de acuerdo con el cordero de pascua, como aquel que, con su muerte, firma la Nueva Alianza entre Yahvé y su pueblo.

Todas estas interpretaciones reflejan una gran pluralidad e intentaban responder al problema del porqué de la muerte de Jesús. Realmente cumplieron una función muy importante porque, si bien no respondieron totalmente a esa pregunta, ya que van a quedar ciertos resquicios, sí consiguieron al menos responder a algunas otras muy importantes: ¿quién fue Jesús y qué función tuvo su muerte?

Todas ellas lograron incorporar la muerte de Jesús dentro de un plan salvífico; su muerte tenía un sentido, había cumplido una función, lo que permitió identificar a aquel Crucificado con el Mesías y también identificar al Mesías esperado con aquel Crucificado. Esta fue una originalidad del cristianismo primitivo que no existía en el entorno del judaísmo, y que tuvo mucho calado y gran importancia porque había diferentes esperanzas mesiánicas, pero unir la figura del Crucificado con la figura del Mesías de Yahvé, resultaba una respuesta muy atrevida.

Vemos así que estas respuestas dieron un paso firme en esta línea; lograron explicar quién era Jesús y cuál había sido la función de su muerte en el plan de salvación, a la vez que modificaron las esperanzas mesiánicas de acuerdo con el acontecimiento de la cruz. Desde ese querer explicar su sentido relevaron el mesianismo a partir de la cruz.

3. LA INTERPRETACIÓN “CRISTOLÓGICA”

A partir de ese momento, los seguidores de Jesús -especialmente los que se marcharon de Jerusalén y recalaron en Antioquía y en otras ciudades de la diáspora- empezaron a plantearse muchos interrogantes y a sacar diversas consecuencias teológicas. Por ejemplo:

Si era cierto que la muerte de Jesús había tenido un sentido expiatorio, es decir, suponía el perdón de los pecados de todos, no solo de los judíos, como afirmaban algunas interpretaciones ¿qué papel tenía entonces el templo de Jerusalén, cuya función principal era reconciliar al pueblo con Dios a través de los sacrificios?

Si solo en el templo de Jerusalén se podían ofrecer sacrificios a Yahvé para obtener el perdón de las transgresiones, y éstas se habían perdonado en el acontecimiento de la muerte de Jesús, la pregunta inmediata era ¿para qué nos hace falta el templo?

Ahora puede parecer algo obvio, pero esta pregunta desestabilizó los pilares de la identidad judía y de la de los seguidores de Jesús, porque en este momento todos seguían siendo judíos, procedentes del judaísmo.

Por otra parte, si la cruz, además de perdonar los pecados, revelaba que la verdadera voluntad de Yahvé era, primordialmente, salvar a todos ¿qué objetivo tenía entonces la ley, la Torah? ¿Para qué era necesario recurrir a normas que hay que cumplir porque es lo que Yahvé dice, si su voluntad de perdón y salvación se había manifestado, total y por encima de toda otra revelación, en la muerte de Jesús?

Si Jesús es Señor y en su muerte ha acontecido una Nueva Alianza, ¿ha quedado cancelada la Antigua Alianza, la de Moisés? Si Yahvé ha elegido un nuevo pueblo, ¿cuál es éste?

Si una de las funciones de la muerte en cruz de Jesús y su posterior resurrección era la inauguración del juicio escatológico en el que todo iba a quedar al descubierto y en el que a unos se les iba a premiar y a otros a castigar, esto quería decir que la historia estaba a punto de finalizar y que el único objetivo, al menos el primero, de los seguidores de Jesús era congregarse en torno a sí al mayor número de creyentes para presentarse ante el Hijo del Hombre que iba a venir a juzgar.

Las consecuencias, por tanto, eran enormes y todas provenían de estas interpretaciones y de la lectura que hacían de la muerte de Jesús. Varios de los textos que Pablo recoge de la tradición previa, lo subrayan.

En el capítulo 15 de la primera carta a los Corintios dice:

Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las escrituras, que fue sepultado y que resucitó al tercer día según las escrituras.

Según este texto, es la muerte de Jesús, no su resurrección, la que se convierte en acontecimiento de perdón y de salvación. La muerte de Jesús en la cruz alcanzará tal calado teológico que, si bien al inicio el primer y mayor impacto había sido el de la resurrección, en la experiencia de los helenistas de Damasco y Antioquía quedará prácticamente desplazado por el impacto de la cruz. Esto no quiere decir que no les importara el acontecimiento de la resurrección ni que descuidaran las experiencias a las que he aludido antes; éstas están detrás y, de algún modo, legitiman la pregunta por la cruz, pero lo llamativo es que, paradójicamente, todas las consecuencias las van a sacar del acontecimiento de la muerte en cruz, precisamente de que Jesús muriera del modo más vergonzoso.

En el capítulo 11 de la misma carta a los Corintios, Pablo vuelve a subrayar esta misma idea:

Porque yo recibí del Señor lo que os transmití: que el Señor Jesús, la noche que iba a ser entregado, tomó pan, dando gracias lo partió y dijo: Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros.

La muerte de Jesús es el signo de la entrega y ahí acontece algo verdaderamente novedoso.

Hasta aquí parecía que todo transcurría relativamente bien, pero nos vamos a encontrar con el problema de que, al ser de tal relevancia el impacto de la cruz y las consecuencias que los primeros seguidores de Jesús van a sacar del acontecimiento, haciendo reposar toda la reflexión teológica en ella, que se van a producir una especie de “daños colaterales”. Porque, efectivamente, para incorporar la cruz al plan salvífico era necesario afirmar que formaba parte del plan de Dios quien, no solo la aceptó, sino que incluso quiso la cruz y la muerte vergonzosa y humillante de su Hijo.

Esta afirmación vuelve a plantear de nuevo el problema que antes hemos comentado, pero ahora todavía con mayor trascendencia porque, si es cierto que la muerte de Jesús tenía todas esas funciones y formaba parte del plan de Dios, ¿qué imagen se desprende de un Dios que, en el menor de los casos necesita la muerte de un justo, de un siervo, de su Hijo querido, para perdonar los pecados? ¿Es un Dios sádico, caprichoso, arbitrario, vengativo, que se goza y necesita de la muerte de unas víctimas para resarcirse, para aplacar la ira de los pecados cometidos por otros? ¿Quién dice entonces que no es un Dios capaz de sacrificar a cualquier otro, incluso lo más querido, por un bien mayor?

¿Qué consecuencias teológicas va a tener la afirmación de que la cruz forma parte del plan de Dios? ¿Qué Dios es éste que no solo acepta sino que, según algunas de las interpretaciones que hemos mencionado, incluso había previsto ya la salvación a través de la muerte vergonzosa, dolorosa, ignominiosa, humillante... del Hijo único querido?

Hay un texto del antiguo testamento que plantea esta pregunta y que se resolvió de un modo incompleto. En el capítulo 22 del libro del Génesis -la llamada *Aqedah* (sacrificio de Isaac)- se nos cuenta que, durante muchos y largos años Abraham había pedido descendencia a Yahvé y que, finalmente, éste le había concedido gratuitamente un hijo, Isaac; sin embargo, más tarde y de un modo aparentemente caprichoso y sin el menor sentido, Yahvé tienta a Abraham y le pide que le sacrifique precisamente a ese hijo. Abraham acepta, cumple lo que Yahvé le dice, y en el monte Moria levanta la mano contra su hijo; pero en ese momento un ángel del cielo le dice: *Abraham no mates a Isaac, aquí tienes a un cordero que puedes sacrificar en vez de a tu hijo...*

Es un texto cuyo final nos puede engañar porque parece un final feliz, pero no resuelve el problema de la imagen de un Dios arbitrario y caprichoso que pide la muerte de Isaac a manos de su padre. ¿Se puede confiar en este Dios que necesita de víctimas y además de las víctimas más queridas -como lo era Isaac para Abraham, o el mismo Jesús para Él- para obtener la salvación y que avance la historia? ¿Se puede creer en un Dios que parece jugar caprichosamente con las creaturas y puede someterlas a las pruebas más duras e incomprensibles? ¿Pueden las víctimas aceptar un Dios así?

4. EL CRUCIFICADO IMITA A DIOS

Como vemos, los problemas teológicos que se plantean son de bastante calado. A mi modo de ver, Pablo y, en cierto modo Marcos, ofrecieron una respuesta a esta pregunta tan problemática y difícil que va a costar mucho asumir; la de que el Crucificado no muere víctima de un Dios que necesita esa muerte, sino que muere, única y exclusivamente, porque era el único modo que tenía Jesús de imitar a Dios, de revelar quién es Dios.

Para llegar a esta conclusión tenemos que fijarnos en algunos textos:

En su itinerario como creyente, a Pablo le fascinó inicialmente la imagen del Crucificado y de modo especial la idea de que perdonaba los pecados de todos, sobre todo los suyos porque, como dice en el capítulo 7 de la carta a los Romanos, él, por mucho que se empeñaba en cumplir la ley, no conseguía la reconciliación con Yahvé. De aquí que, al descubrir al Crucificado y ver la interpretación que algunos hacían de él, llega a comprenderle como el que perdona los pecados; es lo que “tumbó” a Pablo -la imagen simbólica de la “caída del caballo”-pero únicamente fue el punto de partida de una reflexión que dio más frutos.

Cuando Pablo reflexionó sobre el hecho de la muerte de Jesús en la cruz se dio cuenta de que había mucho más de lo que había visto al inicio. En el capítulo 1 de la carta a los Gálatas, cuando habla de su vocación dice:

Mas cuando aquel que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia tuvo a bien revelar en mí a su Hijo para que le anunciase ante los gentiles...

Pablo no subraya aquí el acontecimiento del perdón de los pecados, de la expiación, ni de la salvación, sino que ese Crucificado se manifiesta, precisamente en la cruz, como Hijo de Dios. Marcos, -que, como he dicho antes, tiene muchas conexiones con Pablo- muestra al final de su evangelio la única confesión de fe que nadie calla, la que acontece cuando, al morir Jesús, el centurión confiesa: *verdaderamente éste es el Hijo de Dios*.

Esta primera reflexión le dio mucho que pensar a Pablo. Para él, si en la cruz se revela el Hijo de Dios, se está manifestando la esencia de Dios; ya que, según la mentalidad mediterránea, la característica fundamental del Hijo es que refleja, imita, al Padre. En el capítulo 1 de la primera carta a los Corintios, Pablo dice:

Pues yo, hermanos, cuando fui a vosotros no fui con el prestigio de la palabra o la sabiduría a anunciaros el misterio de Dios, pues no quise saber entre vosotros sino a Jesucristo y a éste crucificado.

Aquí subraya Pablo de nuevo la misma idea, que en la cruz hay una sabiduría distinta, es decir, se ha descubierto algo que trasciende lo que Pablo y los demás creyentes habían visto hasta este momento.

Sin embargo, el texto más relevante es, quizás, el llamado *Himno cristológico* del capítulo 2 de la carta a los Filipenses:

Jesús Mesías, siendo imagen de Dios, no consideró un botín ser igual a Dios, sino que se vació de sí mismo tomando la imagen de esclavo. Siendo como los hombres y viviendo como cualquier hombre se humilló a sí mismo obedeciendo hasta la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le concedió el nombre-sobre-todo-nombre...

Fíjense únicamente en la primera frase, que está subrayada. Pablo está utilizando la contraposición con Adán y Eva, los cual creó Dios a imagen suya (Génesis 1,27). Esta imagen es lo que Adán y Eva utilizaron en beneficio propio; cuando Yahvé les prohíbe comer del árbol del bien y del mal, ambos quieren sobrepasar sus límites y utilizar en beneficio propio el hecho de ser imagen de Dios. En el himno de Filipenses, Pablo está presentando exactamente el movimiento inverso: Jesús, siendo imagen de Dios –como también lo era Adán- no lo consideró un botín del que beneficiarse, sino que renunció a todo privilegio y se vació de sí mismo. Dicho de otro modo, Adán, contraviniendo la orden de Yahvé de no comer del árbol del bien y del mal, no se estaba pareciendo a Dios; Adán quiso utilizar los medios convencionales de sabiduría y el poder para ser imagen de Dios y fracasó.

Por el contrario, Jesús, para imitar a Dios y ser imagen suya, hizo exactamente lo contrario: se vació de sí mismo y tomó la imagen de esclavo.

Pablo reflexionó mucho sobre las consecuencias teológicas de la muerte de Jesús, el Hijo, en la cruz. Si esto era cierto, Dios no era como él había pensado, un Dios de poder que ejerce su dominio, controla y pide sacrificios... sino todo lo contrario, el que se sacrifica, se abaja, despoja, se vacía...

Por tanto, el mejor modo de hablar de Dios no eran las bonitas parábolas que Jesús contaba, o los hechos que hacía, sino que la mejor y única manera que tuvo Jesús para hablar plenamente de Dios fue la de imitarle totalmente, hasta el punto de que la muerte en cruz de Jesús no fue sino el último acto de imitación de Dios. Solo así se puede reconocer a Jesús en la cruz como Hijo de Dios, y al Dios de la cruz como el Padre Dios despojado de todo poder, de todo privilegio, vulnerable, humillado, desposeído, vaciado...

La imagen de Dios que de aquí se desprende es, probablemente, muy diferente a la que el mismo Pablo y el resto de seguidores de Jesús habían experimentado hasta entonces; el Dios de la cruz no ejerce su dominio y su poder sino que precisamente lo descubre en el despojarse del mismo. No hay mayor poder que el de renunciar a todo privilegio y todo dominio, pero es tan difícil que solo Dios lo puede hacer así. En realidad, Pablo estaba descubriendo en la cruz la verdadera imagen de Dios, la del que, antes de pedir nada ya lo ha dado todo y se ha despojado de todo; un Dios al que se descubre en el vaciamiento, en la entrega, en la impotencia.

Esto exigió a Pablo un proceso de purificación de la imagen de Dios que le llevó muchísimo tiempo. A mi modo de ver, Pablo expresa este proceso de purificación en la carta a los Romanos, una carta pedagógica que se puede leer desde esta perspectiva para darse cuenta de que, en ella, lo que Pablo pretende es que el lector capte algo muy difícil de explicar: que la verdadera imagen de Dios no se descubre en los modos convencionales de concebirle, sino precisamente en los menos convencionales: Dios siempre sorprende, siempre se escapa cuando uno cree que lo atrapa.

Si se lee con detenimiento, el capítulo 9 de dicha carta a los Romanos hace sacudir los cimientos del mayor creyente. Supone el descubrimiento de un Dios cuyo único modo de custodiar su libertad para amar era mantener, cuidar, esa libertad con un celo extraordinario; no hay nada que ningún creyente pueda hacer para ganarse o atrapar a Dios. Una de las insistencias de Pablo es que, si uno quiere comprar a Dios, quiere ganárselo, lo único que va a lograr es alejarse más de él.

Termino con el versículo 8 del capítulo 5 de la carta a los Romanos, un texto que por su trascendencia merecería un cuadro explicativo. Dice así:

La prueba de que Dios nos ama es que Jesús, siendo todavía malos, murió por nosotros.

El único modo de permitir a Dios ser Dios es que sea siempre amor gratuito. Nada podemos hacer para ganarnos su amor o su perdón; es exclusivamente voluntad gratuita suya. Y esa voluntad es su abajamiento, su donación; si alguien se lo quisiera ganar con buenas obras o de cualquier otro modo, solo conseguirá caer en desgracia.

Muchas gracias.

DIÁLOGO

P. *¿Cómo ser testigos de Jesús hoy, como los primeros cristianos?*

R. Efectivamente, aquellos primeros discípulos habían sido testigos de la vida, muerte y resurrección de Jesús; pero no todos. Pablo, por ejemplo, según Lucas² y muchos de los primeros cristianos de primera generación, no pertenece a ese grupo. Sin embargo, él dice que es apóstol y que ha visto al Crucificado.

Yo creo que la experiencia de Pablo podría ser tomada como modelo para un creyente de hoy en el sentido de que, efectivamente, los primeros discípulos habían vivido con Jesús, tenían unos elementos que les podían hacer más fácil el creer, podríamos decir que “tenían ventaja”; sin embargo, en el caso de Pablo y de muchos otros de la segunda y tercera generación, esto no es así, de tal modo que hay un elemento, el de la experiencia de encuentro con el Resucitado que va a formar parte del acervo cristiano de unos modos muy flexibles.

En los testimonios del Nuevo Testamento, el encuentro con el Resucitado siempre se presenta con una fórmula técnica, un *aoristo*³ pasivo del verbo *oraō* –ver-, que es *ofzē*.

Ese pasivo, “aparecerse”, “dejarse ver”, es una forma que se utiliza única y exclusivamente para ver lo que no ven los ojos de la cara, sino los del entendimiento, los de la comprensión, los del corazón, es decir, los de la fe. De tal modo que ahí se dieron cuenta de que “ver” al Resucitado probablemente había sido un privilegio para algunos, pero que tampoco era algo que se podía repetir al menos como condición *sine qua non* para los creyentes.

La experiencia de encuentro con el Resucitado suponía “ver al Crucificado Resucitado”, es decir, comprender que efectivamente aquel no era un fracasado de la historia sino que, precisamente por morir en la cruz, era el Mesías. Quien ve eso, no con los ojos de la cara, sino con “otros ojos”, ya ha dado un primer paso.

A mi modo de ver en el Nuevo Testamento hay una pedagogía para ayudar a ver a través de los testigos. Los mártires son también unos testigos privilegiados, pero además hay muchos otros a los que no conocemos, muchas vidas anónimas que se pueden convertir en testimonio en determinado momento.

Probablemente estarán de acuerdo conmigo en que, si hoy en la Iglesia queda algo de valor todavía, no es la palabra. En nuestro mundo, la palabra de cualquier creyente ha perdido su valor –no sé si lo recuperará en el futuro-. Sin embargo, hay algo que sí tiene valor todavía, es el testimonio, a través del cual hemos sido capaces de ver con otros ojos algo más allá de lo evidente, y quizás nos hemos podido acercar a la experiencia de la fe a través de testigos.

² *En el Libro de los Hechos Lucas sustrae, sutil pero clarísimamente, el título de apóstol para Pablo; nunca le llamará apóstol, porque reserva ese título para los 12 que habían vivido con Jesús, habían sido testigos de su muerte y a los que se había aparecido Resucitado en persona.*

³ *Tiempo verbal griego, una especie de pretérito indefinido.*

P. *¿Qué proceso seguir para convertirnos al Dios verdadero?*

Probablemente la conversión no es algo que dependa de nuestras propias fuerzas, sino de Dios. Solo Él sabe qué hay que hacer para convertirse.

Quiero subrayar incluso que, en las tradiciones cristianas –y creo que la católica es especialmente hábil en este sentido- estamos muy acostumbrados a poner mucho empeño en nuestra propia conversión. Yo no digo que no lo tengamos que hacer así pues todos tenemos una cabeza y un corazón muy duros, pero me parece que, a veces, en este esfuerzo equivocamos el objetivo, es decir, creemos que de este esfuerzo personal se deben derivar frutos de vida cristiana.

No digo que no haya que mantener el esfuerzo; todos tenemos que mantener la vigilancia. Pero creo que esto de la conversión tiene que ver mucho más con el “dejarse hacer” que con el “hacer”; mucho más con el “abandonarse” que con el “empeñarse”. Mucho más con el “desprenderse, descentrarse” que con el “hacer”. Esto es lo difícil y es, precisamente, lo que en el himno de Filipenses, descubre Pablo: que el empeño de Adán había sido parecerse a Dios, obstinarse en conquistar su lugar; el empeño de Jesús es exactamente el inverso, desprenderse, darse, donarse, entregarse, vaciarse...

Solo me atrevo a decir que intuyo que por aquí hay algo más que una idea teológica; hay una experiencia de la que, sospecho, podríamos sacar mucho más fruto que con otro tipo de empeño. Probablemente “otro gallo nos cantaría”, si en la Iglesia insistiéramos más en esto que en otras cosas.